

CAPITULO II

Recuerdos de otra época



En el pasado siglo XX el oficio no fue fácil. De las múltiples entrevistas que realicé a antiguos ferieros, pude rescatar algunas anécdotas que ilustran en forma ágil algunas de los múltiples facetas de esta forma de comercialización.

Personajes

La solemnidad del Martillero

El acto del remate era solemne, siendo el martillero el centro de las miradas, vestido impecablemente con su mejor traje y camisa de cuello duro. La fecha del remate era sagrada. No había feriado que valiera –ni siquiera el antaño tan festejado carnaval– para suspenderlo o cambiarlo de fecha. Sólo la naturaleza, si el temporal arreciaba, podía suspenderlo momentáneamente.



Rematando de cuello duro

Los baqueanos y los arreos

Para estos arreos eran fundamentales los baqueanos, grandes conocedores de los lugares propicios donde conseguir encierres y aguadas. Era la época en que se solían armar colas de tres o cuatro cuadras para ingresar al local, luego de arreos de dos o tres días –lo necesario para hacer entre siete y diez leguas– y la sana competencia se expresaba en ver quien madrugaba más para llegar más temprano al remate. Ocasión propicia para lucir el caballo y el recado, para la mateada que permitía el intercambio de comentarios y conocimientos.

Revoleadores, placers y carniceros locales

Existían figuras que hoy han desaparecido como es el caso del revoleador, que hasta la década del ochenta estaba presente en todos los remates. Su presencia ponía un piso a los precios de ciertas categorías. También han desaparecido los revendedores, que efectuaban sus compras en las zonas de cría y llevaban las haciendas, por arreo o por ferrocarril, para ser vendidas en las zonas de invernada.

Igual procedimiento tenían los placers, pero estos últimos llevaban las haciendas a vender a los mercados concentradores. Todos ellos vieron mermados su negocio con el aumento de los gastos de comercialización, que finalmente los llevaron a su extinción, dejando en algunos casos recuerdos poco gratos económicamente.

Del otro lado del mostrador, el consumo también bajó en forma abrupta. Si en la década del cincuenta nuestros padres consumían 92 kilos de carne anuales per cápita, hoy nos situamos en sólo sesenta, cambiando y variando la dieta de nuestros mayores.



Antiguos corrales

Procedimiento

Tiene usted mi palabra

Eran los tiempos de los arreglos “de palabra” y los pagos a largo plazo, existiendo una confianza extrema entre los distintos miembros del circuito comercial. Por supuesto, clavos hubo, hay y habrá, y en ese entonces no se contaba con la posibilidad de rastrear los antecedentes de los individuos con tanta facilidad como hoy día.

A la palabra como cierre de los negocios empezó a entorpecerla la política de inflación y consiguiente devaluación que vivió el país en la segunda mitad del siglo XX. Me han relatado el caso de un señor que compró casi dos mil cabezas a un 40% por encima del precio hasta entonces conocido, la tropa salió por arreo y fue detenida a los dos días pues se había decidido no entregarla por lo volátil de la moneda. Para cuando se solucionó el problema, a los diez días, la hacienda valía el doble.

Si bien legalmente pueden no estar obligados a pagar una hacienda que no cobraron, razones éticas obligan a los ferieros a hacerlo, aún a costa de su patrimonio, asumiendo así su rol de intermediarios y no el de meros comerciantes.

Hubo casos de hombres que habiendo hecho del remate feria su vida que se suicidaron en la década del treinta cuando el negocio se sacudió con una fuerza hasta entonces desconocida, dejando en el camino a aquellos que no supieron readaptar sus estructuras a los nuevos tiempos.

Gran diferencia con la segunda gran crisis del siglo XX, la de los noventa.

Se anunciaban con asiduidad remates de más de quince mil cabezas que atraían la atención de todo tipo de comprador. El volumen de ventas y la liberalidad en los plazos de pagos hicieron que muchos ferieros perdieran el control de sus negocios con las consiguientes consecuencias negativas para la actividad en su conjunto.



Preparados para el remate

¿Qué me compro con un ternero?

Similar desfasaje que con el honor se produjo tanto entre el valor de la hacienda con los insumos como con la reposición. Una camioneta podía valer desde cuarenta hasta cuatrocientos terneros, dependiendo de las oscilaciones de las políticas económicas nacionales. Asimismo, un novillo gordo ha valido desde tres terneros hasta poco más de uno.

La balanza y el balancero

Las ferias no tuvieron balanza hasta 1926, año en que se promulgó el decreto respectivo que obligaba a pesar "in situ" toda la hacienda que se vendía con destino al abasto. La hacienda empezó a pesarse al día siguiente de vendida, pero en el ínterin estaba prohibido darle agua. Los problemas generados por ese mecanismo llevaron, en 1929, a reglamentar la pesada como aún hoy se practica.

Cuando llegó la orden de poner balanza un feriero fue hasta la ciudad mas cercana a comprarla, trayendo al pueblo el nuevo elemento y el balancero para ponerla en funcionamiento. El hombre demoró sesenta días en instalarla y se volvió a su pago con diez kilos de más por la buena vida que se daba en el pueblo.

Logística

¿Operadora? ¿El llamado que le pedí ayer?

Las comunicaciones telefónicas solían convertirse en un obstáculo insalvable que obligaba a esperar horas –y hasta días– un

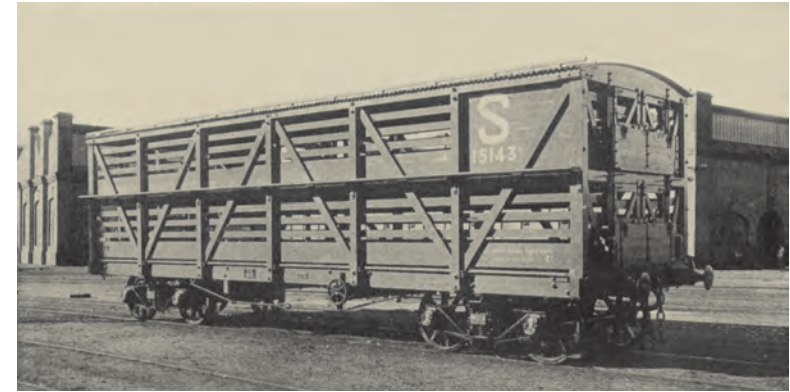
llamado. A veces, se hacía más rentable viajar de, por ejemplo, Entre Ríos a Buenos Aires, que esperar la comunicación, a pesar de que se había “incentivado” al operador para que la agilizara.



El Jefe de Estación

Los embarques de lo vendido se solían hacer por ferrocarril, motivo por el cual el Jefe de Estación se convertía en un hombre de suma importancia en la cadena de la comercialización. En la provincia de Santa Fe se logró mediante una gestión de un Jefe de Estación que por un precio especial se llevara el mismo día del remate la hacienda adquirida hasta el matadero más cercano.

Había que hacer las cosas rápido: trasladar la hacienda hasta la estación para que estuviera lista ya que el tren pasaba puntualmente. Nunca faltaba un animal porfiado que atrasara la cosa y obligara al feriero a “donar” al maquinista tres pesos para que aguardara un rato con el convoy detenido.



Vagón para ovinos



Vagón para vacunos



Antiguos vagones jaula

El paso del tren al camión se aceleró como consecuencia de las complicaciones que se produjeron con la llegada del gremialismo a mediados de la década del cuarenta. Se dio el caso de la llegada de un tren cargado a la estación de destino y como consecuencia de que ya se había cumplido el horario de los tripulantes, el convoy no fue atracado en el muelle, quedando la hacienda toda la noche embarcada para ser descargada al día siguiente.

Voy en avión

En los años anteriores a la presidencia de Frondizi (1958–1962) la infraestructura vial argentina era sumamente defectuosa, siendo la mayor parte de los caminos de tierra lo que no permitía el rápido desplazamiento para concurrir a diferentes localidades.



Por entonces se utilizaba mucho el avión, llegando a verse a menudo entre ocho y diez avionetas en los remates. El comien-

zo de la importación y luego fabricación de camionetas de mayor autonomía, unida al impulso vial de los últimos treinta años hizo que este espectáculo haya quedado sólo en la memoria de los antiguos ferieros.

Internet era la de antes

Finalmente, no debemos olvidar que la vida era más sosegada y la gente disponía de un día para concurrir a la feria que ofrecía no solo aspectos económicos y comerciales sino que se convertía en una alegre fiesta campera donde las personas intercambiaban informaciones novedosas referidas al negocio, en una especie de internet personalizada y mucho más cálida.